

VIEJOS TEXTOS SOBRE EL PERMANENTE ABANDONO DE LAS BIBLIOTECAS ESPAÑOLAS

... Y SIGUE IGUAL

...—Y en este preciso momento, ¿existe de veras preocupación por la cultura?

—No tanta como haría falta para que los poderosos económicamente dejaran de permanecer indiferentes —para citar un enorme ejemplo— ante la situación de la Biblioteca Nacional. Sería necesario ayudar al Estado con miles de millones y centuplicar las ayudas técnicas de que hoy dispone España para que ese aparatoso edificio, en el centro de Madrid, se pusiera a nivel con las bibliotecas de Suiza o de Holanda, para no mencionar las de Norteamérica. Hablo de ello, bien a pesar mío, pero vienen a menudo a verme extranjeros que me exponen sus penosas e inútiles idas a la Biblioteca en busca de libros que no están, a pesar de figurar en el catálogo. Lo cual es, sin embargo, un detalle insignificante junto al problema global de las bibliotecas nacionales, o simplemente públicas, en todos los países de lengua española o portuguesa. En el caso de Madrid, comencé a hablar en la prensa sobre-contrá la Biblioteca Nacional en 1912, con gran enojo de Menéndez Pelayo, hombre sabio sin la menor noción de cómo se constituye y organiza y se hace funcional una biblioteca moderna. Lo mismo vale de mi excelente y añorado amigo don Francisco Rodríguez Marín. En España hay algunas bibliotecas especializadas, que prestan a sus limitados lectores la ayuda que necesitan. Pero una biblioteca que contenga y refleje el proceso de la cultura universal no la ha habido nunca, por motivos obvios. Se conservan gran parte de las obras impresas en España; hay, ocasionalmente, girones de ciertos aspectos de la ciencia o de las letras de otras civilizaciones, y nada más. El personal de la Biblioteca Nacional, por benemérito y abnegado que sea, es escaso, mal retribuido. El presupuesto para adquirir y catalogar libros —por autores y por materias— es irrisorio. Harían falta centenares de empleados para poner en fichas impresas la totalidad de la Biblioteca; el catálogo actual tiene aún muchas papeletas escritas a mano hace más de un siglo; el modo de atender a las peticiones de libros es lento y deficiente, la protección contra las pérdidas o desapariciones de libros es mínima. La culpa de todo ello no es achacable a este o al otro régimen, porque nunca le

importó a nadie que la Biblioteca funcionara o que se la llevara pateta. Su amable e inteligente acoso, amigo Amorós, me hace decirle estas cosas.

Pero la Biblioteca Nacional está así por los mismos motivos que la de El Escorial no fue utilizada hasta que competentes extranjeros comenzaron a utilizar sus fondos (por ejemplo, Charles Graux: Essai sur les origines des fonds grecs de l'Escorial, París, 1880); o por los que han determinado la destrucción de numerosos y preciosos volúmenes que el rey Juan VI de Portugal se llevó a Río de Janeiro cuando la invasión francesa: nadie supo protegerlos contra los efectos del calor y de la humedad que convierten el libro en una masa compacta. En fin, habría que hacer posible en el futuro que Madrid, centro del mundo hispánico, poseyera en forma utilizable los libros esenciales acerca de la civilización universal.

—¿De qué modo influyó nuestra guerra en su labor histórica?

—*Para mí fue decisivo encontrarme en una Universidad como Princeton, con una biblioteca oriental y con series completas de revistas europeas realmente fabulosa.*

Me di cuenta ya en 1939 de que una guerra civil como la nuestra (después de las del siglo XIX) era sintoma de una profunda y antiquísima dolencia. Me puse a estudiarla y a buscar qué elementos intervinieron en la creación del pueblo español, dentro de un tiempo y espacio dados, porque sólo Dios es eternidad no creada.

(Américo Castro, según Andrés Amorós, en *Revista de Occidente*, 1970, enero, núm. 82.